

VERDADES ETERNAS Y VERDAD DEL HOMBRE  
A PROPÓSITO DEL RETIRO ESPIRITUAL DEL JOVEN ARTISTA

Es tan frecuente la referencia a Joyce como a genio y dios menor de la novela del siglo XX que asumirlo para extraer de sus páginas una enseñanza en el campo pastoral y teológico podría parecer una extrapolación. Pero hay que advertir que, si el influjo de Joyce sobre la novelística es innegable, su actitud de rechazo religioso o moral es un paradigma transgresor de análoga eficacia.

\* \* \*

«A simple vista la vida que Joyce vivió pudo siempre parecer errática y provisional. Pero su significado central respondió siempre a un propósito tan consciente como el que gobernaba su trabajo. La ingenuidad con que él escribió sus libros era la misma con que él forzó al mundo para que los leyese... En todo lo que hizo, sus dos intereses más hondos—su familia y sus escritos— permanecieron siempre incommovibles. Jamás menguaron. La intensidad de su apego familiar confirió a su trabajo su simpatía y su humanidad. La intensidad de su trabajo elevó su vida a un rango de dignidad y de alta dedicación»<sup>1</sup>.

Esas palabras finales de Ellmann en la admirable biografía del escritor irlandés, suenan como inmediatas; como si fuesen dichas ante la fosa abierta, sintiendo que el féretro desciende. En Zürich, el 13 de enero de 1941, Joyce murió. Un sacerdote católico consultó a Nora y a George—esposa e hijo del difunto— sobre la celebración del funeral. *I couldn't do that to him*, fue la respuesta de Nora. Lo sabía bien, porque al acercarse

1. Richard ELLMANN, *James Joyce*, Oxford University Press, Oxford/New York/Toronto/Melbourne etc., 1982, 744.

el final le había preguntado a su marido si deseaba la presencia de un sacerdote, y él la había rehusado.

Pero el rechazo venía desde muy atrás, desde los días y las noches de la adolescencia. El *Retrato del artista adolescente* refleja el drama de entonces: puede decirse que –aun sometido a las leyes de todo escrito autobiográfico, que siempre debe ser tomado con crítica y cautela– la historia emerge *quoad substantiam*.

A comienzos de 1904 Joyce se enteró de que Eglinton y Fred Ryan se preparaban a editar un periódico intelectual que se llamaría *Dana* –como la irlandesa *terra mater*–. El 7 de enero de ese año escribió de un tirón un relato autobiográfico «en que se mezclaba la admiración a sí mismo con la ironía». Lo enseñó a su hermano y confidente Stanislaus y a sugerencia de éste lo tituló *A Portrait of the Artist*. Rápidamente lo envió a los editores del naciente periódico. Tal fue el germen de lo que sería una obra autobiográfica mucho más larga que tituló *Stephen Hero* y cuyas proporciones disminuyó luego hasta formar lo que hoy conocemos como *Portrait of the Artist as a Young Man*. Este proceso duró sus buenos diez años.

Joyce no era un polígrafo: nunca lo pretendió. Sus obras crecían entre sus manos y se iban elaborando con la paciencia con que se elabora un documento para la posteridad. Ellmann piensa que ya el primer esbozo – *A Portrait of the Artist*– era un escrito beligerante, intencionado. «Joyce comienza por insistir en la teoría psicológica de que los rasgos de la infancia pertenecen a un retrato tanto como los rasgos de la adolescencia. El pasado no reviste el aspecto de un memorial de acero, sino que implica una sucesión fluida de los diversos presentes. Lo que hemos de buscar no es precisamente el carácter estático y cristalizado, sino el ritmo individual impermutable; no se trata, pues, de hallar un documento de identidad, sino más bien la línea curva de una emoción. Esta concepción de la personalidad como un río, más que como una estatua, es premonitoria de aquella visión de su conciencia que el Joyce posterior había de tener»<sup>2</sup>.

*Portrait of the Artist as a Young Man* es –en buena parte– una historia de la conciencia del autor: retrato concitativo, diabólico. No ignoraba el propio Joyce que el discurso devanado en sus páginas brotaba de sus propias vísceras como el hilo que fabrica la araña para tejer su red. De ahí su fuerza persuasiva, *luciferina* –en más de una ocasión el

2. Cfr. ELLMANN, 145.

propio Joyce se consideró a sí mismo como *un epígono de Lucifer* y acarició cínicamente su *non serviam*<sup>3</sup>. «Para sugerir la contraposición entre los elementos paganos y cristianos que pululaban en su mente, llegando incluso hasta el confín de lo absurdo –hace notar Ellmann–, Joyce se impuso a sí mismo en el relato el nombre de Stephen Daedalus (luego, para hacerlo menos improbable lo simplificó en Dedalus), es decir, como el protomártir cristiano y como el más grande genio del paganismo. Stephen sería pues un santo de literatura; y, como Dedalus, inventaría las alas –para remontar el vuelo más allá de sus compatriotas– y el laberinto –misterioso arte basado en una gran acuidad–<sup>4</sup>.

Stephen Dedalus es, pues, el primer héroe, el protomártir de un nuevo culto, de la fe en un neo-paganismo. Que yo sepa, nadie profesó antes que él la conversión explícita al paganismo con tanta sagacidad persuasiva, con tan insolente arrogancia y tan elegante sutileza–. A tal propósito, Ellman recuerda muy bien cómo Joyce «llegó por fin a conocer los escritos de Nietzsche, aquel robusto hechicero, a quien Yeats y otros Dublineses estaban también conociendo por entonces; y fue en Nietzsche, en quien probablemente se inspiró cuando expuso a sus amigos un neo-paganismo que glorificaba el egoísmo juntamente con el talante disoluto y despiadado, al par que estigmatizaba la gratitud y otras virtudes domésticas». Aunque, la verdad sea dicha, Ellmann reconoce también que Joyce nunca fue un nietzscheano cordial; como tampoco un socialista convencido. Jamás leyó, por ejemplo, a Marx: del *Das Kapital* leyó –sí– la primera frase «y la encontró tan absurda que devolvió inmediatamente el libro a la estantería». El biógrafo hace notar que –en elocuente contraste con Nietzsche–, «su interés (el de Joyce) estaba en lo ordinario tanto más que en lo extraordinario; lo cual no obsta para que cuando en ocasiones la vida le venía de revés y todo parecía ponersele en contra, encontraba su consuelo pensando que él (el propio Joyce)

3. «Echaron hacia la izquierda y siguieron caminando como antes. Tras de algún tiempo de avanzar así, dijo Stephen: –Cranly, he tenido una cuestión desagradable esta tarde. – ¿Con tu familia? –preguntó Cranly. – Con mi madre. – ¿Sobre religión? – Sí. – Tras una pausa, Cranly preguntó: ¿Qué edad tiene tu madre? – No mucha –contestó Stephen–. Quiere que cumpla con el precepto pascual. – ¿Y tú? – Yo no quiero – ¿Por qué no? –preguntó Cranly–. – **No serviré.** – He aquí una contestación que alguien ha dado antes que tú –dijo Cranly con calma. – Yo la vuelvo a dar ahora –contestó vivamente Stephen. – Cranly oprimió el brazo de Stephen, mientras decía: Calma, querido. Eres un condenado excitable, ¿sabes?». James JOYCE, *Retrato del artista adolescente*, traducción de Dámaso Alonso, Lumen, Barcelona 1976, 285. – Cfr. et. Las entradas *Satan* y *Lucifer* en el *Index* de ELLMANN.

4. ELLMANN, 148.

era un superhombre y meditaba sobre su descenso de la montaña para traer a la reaccionaria muchedumbre su propio evangelio de libertad sin iglesia»<sup>5</sup>.

Habida cuenta de la sabiduría clerical que Joyce poseía y de su complacencia en profusión de figuras literarias de ruptura de sistema religioso, uno pensaría en primer lugar en la tradición goliárdica o en la corriente libertina, si no fuese porque las páginas de Joyce rebasan los confines de la irreverencia para adentrarse en la impiedad sin detenerse ante la blasfemia de guante blanco. Pienso que las profesiones de paganismo que han tenido en numerosos escritores posteriores su esporádica jubilosa tienen su origen en Joyce –menos teatral, más post-cristiano y más insidioso que Nietzsche–.

Joyce es un gran egotista. Él alienta siempre bajo cada una de sus páginas. El perdió la fe meses después de un retiro espiritual, que le inspiró una conversión voluntarista, perfeccionista: luego, rechazó para siempre el ideal cristiano. Sobre eso versa esta reflexión que sigue, desarrollada –como me parece de rigor– al hilo de Joyce.

#### LA EDAD DE LA INOCENCIA INCONSCIENTE

Lo primero fue el cariño, hecho cantar y ternura, en un cuento sin historia.

*O, the wild rose blossoms  
On the little green place.  
O, the green woth botheth...*<sup>6</sup>

La sensibilidad que estos versos condensan, aproxima a la machadiana memoria de la niñez en el sur: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero...»<sup>7</sup>. En Joyce, el limón está en las *trenzas de azúcar* que vendía Betty Byrne. *Oh!..., la vaquita venía por el caminito... donde vivía Betty Birne...*

5. *Ibidem*, 142.

6. James JOYCE, *A Portrait of the Artist as a Young Man*, The Modern Library Edition, New York, 1996, 3.

7. Antonio MACHADO, *Retrato*, en *Campos de Castilla*. Cfr. Antonio MACHADO, Juan Ramón JIMÉNEZ, Federico GARCÍA LORCA, *Antología Poética*, selección de Aytana y Rafael Alberti, Nauta, Barcelona 1970, 53.

Inventaba la infantil vieja lengua de trapo...: *O, the green wothe bo-  
theth. Ay, las floles de las losas veldes!*

En este jardín de inocencia inconsciente, los antagonismos políticos caben juntos en un armario:

«Tío Charles<sup>8</sup> y Dante<sup>9</sup> aplaudían. Eran más viejos que su padre y que su madre; pero tío Charles era más viejo que Dante. – Dante tenía dos cepillos en su armario. El cepillo con el respaldo de terciopelo azul era el de Michael Davitt y el cepillo con el revés de terciopelo verde, el de Parnell. Dante le daba una gota de esencia cada vez que le llevaba un papel de seda»<sup>10</sup>.

La primera captación del «eterno femenino»<sup>11</sup>:

«Los Vance vivían en el número siete. Tenían otro padre y otra madre diferentes. Eran los padres de Eileen. Cuando fueran mayores él se iba a casar con Eileen... Se escondió bajo la mesa. Su madre dijo: Stephen tiene que pedir perdón. Dante dijo: Y si no, vendrán las águilas y le sacarán los ojos»<sup>12</sup>.

*Pull out his eyes,  
Apologize  
Apologize,  
Pull out his eyes. –  
Apologize,  
Pull out his eyes.  
Pull out his eyes,  
Apologize*<sup>13</sup>.

Porque los Vance eran protestantes... *Pide perdón de hinojos!*

8. Tío Charles es la persona trágica que encubre a William O'Connell, de Cork, tío abuelo de Jim Joyce, que vivió con ellos unos años y era un encanto de persona. Cfr. ELLMANN, 24.

9. Mrs. «Dante» Hearn Conway, de Cork, era institutriz de los niños en casa de los Joyce. Había intentado ser monja. Mujer intolerante del estilo de doña Perfecta de Galdós. Cfr. ELLMANN, 24-26.

10. JOYCE, *Retrato*, 10.

11. Bien conocida es la novela de Álvaro Pombo.

12. *Ibidem*, 10.

13. James JOYCE, *A Portrait*, 4-5.

Sin acabar la edad de la inocencia llega la separación. Añoranza de mamá, de la patria natal. Intuición de que llegó el fin de aquel almo cariño primigenio que nos hizo amar la vida. Una cierta captación infantil del inexorable alejarse de lo que amamos. Es la morriña. O la murria.

«Su madre le había dicho que no hablara en el colegio con chicos mal educados. ¡Madre querida! Al despedirse el día de entrada en el vestíbulo del castillo, ella se había recogido el velo sobre la nariz para besarle: y la nariz y los ojos estaban enrojecidos. Pero él había hecho como si no se diera cuenta de que su madre estaba a punto de echarse a llorar. Y su padre le había dado como dinero de bolsillo dos monedas de a cinco chelines. Y su padre le había dicho que escribiera a casa si necesitaba algo, y que, sobre todo, nunca acusara a un compañero aunque hiciese lo que hiciese. Después, a la puerta del castillo, el rector con la sotana flotante a la brisa, había estrechado la mano de sus padres y el coche había partido con su padre y su madre dentro. — ¡Adiós, Stephen, adiós! — ¡Adiós, Stephen, adiós!»<sup>14</sup>.

El colegio de los padres jesuitas de Clongowes presenció la infancia de Jim Joyce. La visión de sí mismo que el niño tenía era la de un pequeño ser humano, de personalidad contemplativa, interpelado por las palabras nuevas, sensible a los ritmos del habla. Los ojos aguanosos —que él reconoce tener—, y también la mirada redonda, mirada de perdis que se le descubre en muchas fotos, se debe a la iritis que padeció desde edad temprana. Los juegos del recreo no eran para Jim el mejor contexto para anudarse en la red de relaciones escolares:

«Se vio cogido entre el remolino de un pelotón de jugadores y, temeroso de los ojos fulgurantes y de las botas embarradas, se dobló completamente mirando por entre las piernas. Los muchachos pugnaban, bramaban y pataleaban entre restregones de piernas y puntapiés. De pronto las botas amarillas de Jack Lawton lanzaron el balón fuera del corro y todas las otras botas y piernas corrieron detrás. No tenía objeto el seguir. Pronto se irían a casa de vacaciones... Sería mejor estar en el salón de estudio que no allí fuera al frío»<sup>15</sup>.

Jack Lawton era el rival en Nociones. Lawton era también el caudillo de los de Lancaster —rosa roja—. Stephen —James—, el de York. Rosa blanca. Pero Lawton era deportista. Mientras que Stephen —Jim—, en los recreos, «se mantenía en el extremo de su línea, fuera de la vista del

14. JOYCE, *Retrato*, 11–12.

15. *Ibidem*, 12.

perfecto, fuera del alcance de los pies brutales, y de vez en cuando fingía una carrerita»<sup>16</sup>. En cierto modo, el final del recreo era un descanso:

«Una voz gritó desde lejos en el campo de juego: – ¡Todo el mundo dentro! – Después otras voces gritaron desde la segunda y la tercera división: – ¡Todos adentro! ¡Todos adentro! – Los jugadores se agrupaban sofocados y embarrados, y él se mezcló con ellos, contento de volver a entrar»<sup>17</sup>.

Se iba a encontrar con los estímulos que ponen veto a la infancia y van abriendo el portón de la madurez. Tenía que dejar de ser el *nene*. Se tenía que endurecer. Wells era el *chicazo* que le había dado un empujón y tirado al agua fangosa y detrítica. «Un chico había visto una vez saltar una rata al foso»<sup>18</sup>. Wells era ahora el que preguntaba:

«Dinos Dedalus, ¿besas tú a tu madre por la noche antes de irte a la cama? Stephen contestó: Sí. – Wells se volvió a los otros y dijo: Mirad, aquí hay uno que dice que besa a su madre todas las noches antes de irse a la cama. – Los otros chicos pararon de jugar y se volvieron para mirar riendo. Stephen se sonrojó ante sus miradas y dijo: No, no la beso. – Wells dijo: Mirad, aquí hay uno que dice que él no besa a su madre antes de irse a la cama»<sup>19</sup>.

Sucesos como éste originaban reflexiones solitarias, lucubraciones que tendían a garantizar a la joven persona frente a las posibles risas de los tontos, que son siempre los que más se ríen, y son invencibles: los que no entienden porque no acogen.

«¿Estaba bien besar a su madre o estaba mal? Y, ¿qué significaba aquello, besar? Poner la cara hacia arriba, así, para decir buenas noches y que luego su madre inclinara la suya. Eso era besar. Su madre ponía los labios sobre la mejilla de él; aquellos labios eran suaves y le humedecían la cara; y luego hacían un ruidillo muy pequeño: be-so. ¿Por qué se hacía así con la cara?»<sup>20</sup>.

16. *Ibidem*, 10.

17. *Ibidem*, 13.

18. Cfr. *Ibidem*, 17-18.

19. *Ibidem*, 17.

20. *Ibidem* 18.

## LA MADRE

¿Qué respondería un adulto normal, si alguien le preguntase de sopetón: besas tú a tu madre por la noche antes de irte a la cama? No aceptan fácilmente los adultos interpelaciones o sugerencias sentimentales, a no ser que les hable el amor. En el campo de la expresión amorosa es frecuente que las personalidades formadas no se sometan a lo simplemente establecido. Tanto más cuando el mundo interior está atormentado y se resiste a asimilar la realidad objetiva que se impone cruelmente.

Cranly es la *persona trágica* bajo la que en el *Retrato* está presente John Francis Byrne, el más íntimo amigo de Joyce en el Dublin University College. Ya se habían conocido en Belvedere. Pero la amistad íntima no surgió hasta la universidad. Joyce se confidenciaba con Byrne y aceptaba la conversación seria con él, aunque sin renunciar a la fanfarronería que suele llevar consigo el egotismo. Le preguntó Cranly —e insisto en que era ya la época de la universidad—

«Tu madre ha debido de sufrir mucho en esta vida... ¿No querrías evitarle nuevos sufrimientos aunque...? ¿No lo querrías? —Si ello fuera posible, respondió Stephen, no me sería preciso violentarme mucho por mi parte. — Pues entonces, replicó Cranly, haz lo que desea (comulgar por Pascua). ¿Qué te cuesta? No crees en ello. Pero es sólo una cuestión de forma, nada más. Y en cambio le vas a proporcionar una satisfacción espiritual. — Se detuvo, y viendo que Stephen no respondía continuó callado. Por fin, dijo (Cranly), como si estuviera dando expresión a su propio proceso mental:— Si hay algo seguro en este apestoso estercolero del mundo, es el amor de una madre. Tu madre te trae al mundo; te lleva primero dentro de su cuerpo mismo. ¿Qué es lo que sabemos acerca de sus sentimientos?...»<sup>21</sup>.

Joyce llevaba bien la amistad con J.F. Byrne. No es fácil saber con precisión lo que había de real en la presentación literaria que Joyce hace de su amigo: un Byrne posesivo y deseoso de dominarlo; un Byrne estratégicamente frío y hostil para con Joyce a fin de ocultar su afán de emulación y de imitación; un Byrne, rival celoso ante la presencia de Emma Clery, con la que ambos empatizaban y con la que intentaban amorosos escarceos. En el *Portrait* Joyce llega a atribuir a Cranly una cierta inclinación homosexual<sup>22</sup>. Parece, sin embargo, que Joyce iba de-

21. *Ibidem*, 289.

22. ELLMANN, 116-117. Cfr. et. JOYCE, *Retrato*, 295-296.



masiado lejos en su fijación fantasiosa. No parece sino que se trataba de una amistad adolescente con todo su herbolario. El propio Joyce no oculta su afecto sincero y la atracción que ejercía sobre él su amigo:

«El sombrero se le había calado hasta la frente. Se lo echó hacia atrás y bajo la sombra de los árboles pudo Stephen ver la frente pálida y encuadrada en la oscuridad de Cranly, y sus grandes y profundos ojos. Sí. Su rostro era hermoso, y su cuerpo fuerte y recio. Había estado hablando del amor maternal. Podía por tanto comprender los sufrimientos de las mujeres, la debilidad de sus cuerpos y de sus almas. Y sabría defenderlas con brazo fuerte y resuelto, e inclinar ante ellas su espíritu»<sup>23</sup>.

El carácter de Joyce no era fácil. Psicología insondable y hostil ante las indagaciones intrusas, invasoras de su intimidad. Pero a Byrne le toleraba más:

«¿Amas a tu madre? – Stephen meneó con lentitud la cabeza. – No entiendo lo que quieren decir esas palabras, dijo sencillamente. – ¿Has amado alguna vez a alguien? –le preguntó Cranly. – ¿Quieres decir a mujeres? – No hablo de eso ahora, dijo con un tono más frío Cranly. Lo que te pregunto es si has sentido alguna vez amor hacia alguna persona o cosa... ¿Lleva tu madre una vida feliz? – Qué sé yo, contestó Stephen»<sup>24</sup>.

Es posible pasar la vida sin amor. Pero eso es un gran fracaso. El tema es joyceano. En *Los muertos* –de *Dublínenses*– aparece el asunto en toda su crudeza. Pero en esta conversación referida en el *Portrait*, ante las consideraciones tan razonables y limpias de Cranly, Stephen se fue por la tangente: que Pascal, dijo, no podía tolerar que su madre le besara...; que San Luis Gonzaga era de la misma opinión...; que en el Evangelio había pasajes de difícil explicación sobre la relación de Jesús con su Madre, aunque Suárez, «teólogo jesuita y caballero español» hubiera salido al quite<sup>25</sup>.

Ha solido ponerse como ejemplo de inexplicable dureza la actitud de Joyce ante la muerte de su madre. *Unicuique suum*, sin embargo. Exageran –creo– los que *cosifican* la anécdota como si estuviese completa en sí misma, y sacan consecuencias de ella sin más consideraciones: igual que la echadora de cartas o la bruja agorera cuando adivina el pasado y predice el futuro mirando en su bola de cristal.

23. *Ibidem*, 293.

24. *Ibidem*, 287.

25. Cfr. *Ibidem*, 289.

La enfermedad de Mary Jane Joyce (de soltera, Murray), familiarmente May, madre de los Joyce, fue discretamente larga. Cayó en cama a principios de abril y falleció el 13 de agosto de 1903. Su esposo, John —cuya adicción al alcohol excitaba su temperamento— se mantenía a duras penas dentro de la tenue línea de lo razonable: paciencia y delicadeza con una enferma que decaía en lento ocaso. James Joyce, adorado por su padre —quien se miraba en el talento de su hijo primogénito—, amaba también a su madre, aunque sobre una pauta a todas luces «machista»<sup>26</sup>. En tal sentido, el propio cabeza de familia marcaba decididamente el paso volcándose sobre todo en sus hijos y esperando entregar sus hijas a un matrimonio tan lucrativo como fuese posible. Pero no más. Refiere Ellmann que una noche, desesperanzado, entró en la habitación de la enferma y se enarboló diciendo: «Estoy acabado. Ya no puedo más. Si no puedes curarte muérete de una vez. Muérete, maldita tú!». Stanislaus le gritó: ¡Canalla! y fue por él con la peor de las ideas; pero se detuvo al advertir que su madre se esforzaba frenéticamente en levantarse para interponerse entre los dos. James se llevó a su padre y lo dejó encerrado en otra habitación. Y para que la escena adquiriese proporciones absurdas todo concluyó cuando vieron a su padre que desaparecía a la vuelta de la esquina tras haberse fugado de la casa saltando por una ventana del segundo piso<sup>27</sup>.

Creo que esta anécdota es suficiente para dar idea de un *papá* adicto. Por lo demás James no había tenido inconveniente en dedicar a su madre, al pie de la cama, canciones de su gusto acompañándose con la guitarra. El 13 de agosto, la enferma había entrado en coma. El fallecimiento era inminente. La familia, arrodillada en torno al lecho, lloraba y rezaba. La juventud de la señora — 44 años de edad— añadía consternación. James y Stanislaus permanecían de pie. El tío John Murray les ordenó que se arrodillaran. Ellos no hicieron caso.

No creo que la peripecia deba ser extrapolada. También lloraba el pobre John Joyce, recién enviudado y solo, que deseaba y pedía a Dios le llevara con ella. Stanislaus, menos comprensivo que su hermano James, perdió los estribos, le recriminó sus errores y le quiso hacer entender que aquellas lágrimas y gemidos eran una hipocresía. A lo que el padre —tras escuchar con paz— contestó: *muchacho, tú no entiendes*<sup>28</sup>.

26. Cfr. voces *machismo* y *machista* en REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid 1992.

27. ELLMANN, 136.

28. *Ibidem*.

También las hermanas Joyce gemían sin consuelo. El dolor de Mabel, la benjamina –de nueve años–, inspiraba ternura: su hermano mayor la sentó junto a él en las escaleras y abrazándola la decía: «No tienes que llorar así, porque no hay razón para llorar. Mamá está en el cielo. Ella es ahora mucho más feliz que jamás lo fue cuando estaba en la tierra; pero si ella ve que tú lloras eso le restará alegría. Tienes que acordarte de esto cuando tengas deseos de llorar. Puedes rezar por ella si quieres. A mamá le hubiera gustado. Pero no llores más»<sup>29</sup>.

*¡Adiós, Stephen, adiós! – ¡Adiós, Stephen, adiós!*

#### EL ÁSPID DE LA ACEDÍA

Veremos que tras la experiencia de los dos colegios –Clongowes y Belvedere– James Joyce adquirió un bagaje cultural religioso de primera magnitud, que se va llenando de hastío. Pero vayamos por pasos.

#### **Stephen Dedalus**

*Clase de Nociones  
Colegio de Clongowes Wood  
Sallins  
Condado de Kildare  
Irlanda  
Europa  
El Mundo  
El Universo.*

Así había escrito Stephen con su letra propia en la guarda de su libro de Geografía. Y en la página opuesta había escrito su compañero Fleming: *Stephen Dedalus es mi nombre / e Irlanda mi nación. / Clongowes donde yo vivo. / El cielo mi aspiración.* Fleming se llamaba también la señora de la limpieza que trabajaba en casa de los Joyce. Parece, pues, que los versos del compañero entrechocan con un recuerdo familiar y crecen sobre el mantillo de la cultura que podía tener una sencilla fémina irlandesa. Pero de estos versos surge también una meditación infantil sobre Dios que testimonia la presencia en el alma de una acedía agotadora:

«Leyó los versos del revés, pero así dejaban de ser poesía. Y luego leyó de abajo a arriba lo que había en la guarda hasta que llegó a su

29. *Ibidem.*

nombre. Aquello era él: y entonces volvió a leer la página hacia abajo. ¿Qué había después del universo? Nada. Pero ¿es que había algo alrededor del universo para señalar dónde se terminaba, antes de que la nada comenzase? No podía haber una muralla. Pero podría haber allí una línea muy delgada, muy delgada alrededor de todas las cosas. Era algo inmenso el pensar en todas las cosas y en todos los sitios. Sólo Dios podía hacer eso. Trataba de imaginarse qué pensamiento tan grande tendría que ser aquel, pero sólo podía pensar en Dios. Dios era el nombre de Dios, lo mismo que su nombre era Stephen. *Dieu* quería decir Dios en francés y era también el nombre de Dios; y cuando alguien le rezaba a Dios y decía *Dieu*, Dios conocía desde el primer momento que era un francés el que estaba rezando. Pero aunque había diferentes nombres para Dios en las distintas lenguas del mundo y aunque Dios entendía lo que le rezaban en todas las lenguas, sin embargo, Dios permanecía siempre el mismo Dios, y el verdadero nombre de Dios era Dios. — Se cansaba mucho pensando estas cosas. Le hacía experimentar la sensación de que le crecía la cabeza... Le disgustaba el no comprender bien lo que era la política, y el no saber dónde terminaba el universo. Se sentía pequeño y débil»<sup>30</sup>.

Este niño que se siente pequeño y débil, alberga en sí preguntas abisales. ¿Es infinito el espacio? ¿Hay un más allá del espacio? La palabra Dios —traducible a todos los idiomas— señala de algún modo un misterio personal superior a su entender infantil. Dios era un «sí-mismo» infinito e insondable. Y junto a eso, una cuestión culta, camuflada de ingenuidad infantil —no tan infantil— que interpreta que Dios conoce a las gentes en su idiosincrasia a través del idioma. Cada idioma encierra un *logos* propio desde el que se analiza el mundo y a través del cual se penetra en el alma de los pueblos. Y puesto que Dios todo lo conoce penetra a las almas de los pueblos a través de sus respectivos *logos* idiomáticos.

En cualquier caso parece que el afán de saberlo todo estaba en su propio e infantil paraíso.

«Oyó la voz del prefecto que decía la última oración, y él rezó también para librarse de la oscuridad de afuera, bajo los árboles. *Visita, te lo rogamos, oh, Señor, esta vivienda y aparta de ella todas las asechanzas del enemigo. Vivan tus ángeles aquí para conservarnos en paz; y sea tu bendición siempre sobre nosotros, por Cristo Nuestro Señor. Amén.*

30. JOYCE, *Retrato*, 19-20.

Le temblaban los dedos al desnudarse en el dormitorio. Les mandó que se dieran prisa. Para no irse al infierno cuando muriera, era necesario desnudarse y luego arrodillarse y decir sus oraciones particulares y estar en la cama antes que bajaran el gas. Se sacó las medias, se puso rápidamente el camisón de dormir, se arrodilló al lado de la cama y repitió de prisa sus oraciones, temiendo a cada paso que iban a apagar el gas. Sintió que se le estremecían las espaldas, mientras murmuraba: *Bendice, oh Dios, a mis padres y consérvamelos. Bendice, oh Dios a mis hermanitos y consérvamelos. Bendice, oh Dios a Dante y a tío Charles y consérvamelos.* Se santiguó y trepó rápidamente a la cama, enrollando el extremo del camisón entre los pies, haciéndose un ovillo bajo las frías sábanas blancas, estremeciéndose, tiritando. Pero no iría al infierno cuando se muriera...»<sup>31</sup>.

No entenderíamos a Joyce si no viéramos su afición a los «juegos de espejos». Vemos la realidad reconocible, pero deformada como reconoceríamos nuestra faz y figura en los espejos cóncavos o convexos de una caseta de feria. Así él nos entrega sus recuerdos con una exactitud persuasiva, pero sagazmente deformada. Ciertamente es que ha habido una pedagogía propensa a desazonar los espíritus sustituyendo la inquietud vital de la mostaza evangélica por la cizaña de los escrúpulos. Si Joyce se refiere a esto cuando habla tan simplemente de su temor mítico del infierno nos está avisando de un pródromo de la enfermedad letal que le llevó al definitivo rechazo.

Entre lo más próximo a Dios estaba la Patria, Irlanda:

«el olor de los aldeanos viejos que se ponían de rodillas a la parte de atrás en la misa de los domingos. Aquel era un olor a aire, a lluvia, a turba, a pana. Pero eran unos aldeanos muy piadosos. Le echaban el aliento sobre el cogote desde detrás y suspiraban al rezar»<sup>32</sup>.

Así era la patria amada, tierra natal, formada de costumbres campesinas propias de países húmedos, gentes fundidas con los lagos, las colinas. Piedad católica arraigada durante siglos, que había venido a crecer sobre las almas y sobre los corazones desde los tiempos míticos cantados en el *Ciclo de Feinn*, que todavía palpitaban dando pulso impermutable a los que se consideraban los mejores hijos de la Patria.

31. *Ibidem*, 22.

32. *Ibidem*, 21.

## PARNELL

Los años que el pequeño James estudió en Clongowes –1888 a 1891–, su padre y John Kelly no tenían otro tema de conversación más que Parnell. Cuando el pequeño venía a casa de vacaciones se imbuía de la pasión política –político-clerical– y tomaba partido. Por esos años la personalidad de Parnell iba a ser la diana del sí y del no: para unos iba a ser víctima de la traición, para otros el propio Parnell había traicionado por su frivolidad la gran causa de la Patria. Para bien o para mal, Parnell estaba en todos los hogares de Irlanda.

En casa de los Joyce, Parnell recibió culto de admiración inmarcesible. Se dejaban impresionar por el mito popular que veía a Parnell como un héroe inalcanzable: cuando en uno de aquellos avatares contradictorios, sus amigos le ofrecieron un cheque de 38.000 libras, Parnell no manifestó emoción alguna. No expresó agradecimiento. Superior a cualquier emoción capaz de encadenar la libertad, así era Parnell. Joyce no disimulaba su admiración ante relatos como éste. «Los hombres más jóvenes –comenta Ellmann– se sueñan a sí mismos como Hamlet; Joyce, como se ve claro por posteriores indicios, se soñaba a sí mismo como un Parnell. Y este rey no coronado estaba ahora a punto de convertirse en un héroe trágico»<sup>33</sup>.

La tragedia iba a culminar en tres actos que determinarían para siempre el desengaño de Joyce. En primer lugar el intento del *Times* de Londres de desacreditar a Parnell publicando una carta supuestamente escrita de su puño y letra, que amnistiaba a los asesinos del Phoenix Park de 1882. Relata Ellmann que el responsable de la calumnia era Richard Pigott, cuyos hijos estaban estudiando en Clongowes juntamente con James Joyce.

Pero cambiaron las tornas y el impostor fue desenmascarado a partir del mal uso que la carta hacía del término *hesitancy*<sup>34</sup>. Corría el mes de febrero de 1889 y estaba inminente la reunión de la *Special Commission*. Pigott se suicidó y los jesuitas responsables de cada clase fueron pidiendo a los chicos que no comentaran el hecho a los hijos de Pigott. Petición inútil por completo: porque a cualquiera se le alcanza que a los niños y a los adolescentes basta anunciarles semejantes noticias con el compromiso de no decírselas a los afectados para que el morbo crezca

33. ELLMANN, 32.

34. Debiera haber usado un hombre como Parnell *hesitation*.

en desmesura. De hecho «un chico a pesar de la prohibición, se lo dijo a los interesados provocando una terrible escena»<sup>35</sup>.

El prestigio de Parnell ascendió hasta la cumbre de lo indiscutible. Pero no duró mucho. Si toda gloria es efímera, ésta lo era muchísimo más.

1891. Primeras vacaciones de invierno. James tenía 9 años. Iba a ser su primera cena de Navidad «y pensaba en sus hermanitos y en sus hermanitas, recludos en el cuarto de los niños, esperando, como él tantas veces lo había hecho, a que llegase la hora del pudding»<sup>36</sup>. Había retornado al hogar paterno. Aspiraba de nuevo los aromas familiares. Todos los días saltaba a la conversación el mismo tema candente. Dos años antes, el 24 de diciembre de 1889 el Capitán O'Shea había presentado en forma su petición de divorcio de Mrs. O'Shea como consecuencia de las relaciones mantenidas entre ésta y Parnell. El Capitán había guardado silencio durante 10 años a sabiendas de que Kitty, su mujer, vivía en adulterio con el cabeza del Partido. Incluso había recibido un asiento en el Parlamento por Galway como precio de su silencio. La reacción fue mayúscula. A lo largo del mes de enero de 1890 la opinión del Partido se manifestaba inquebrantable a favor de Parnell. Seguía vivo el recuerdo del suicidio de Pigott; pero al llegar el mes de noviembre –15 sábado y 17 lunes– de 1890, el tribunal que juzgaba el caso O'Shea admitió el veredicto contra Mrs. O'Shea y contra Parnell. El brazo central de la *National League* se reafirmó a favor de Parnell. Pero Davitt en la *Labour World* pidió públicamente la dimisión de Parnell. El 21 de noviembre el cardenal Manning urgía a Gladstone que repudiase a Parnell. La caída de Parnell se producía, aún cuando sus partidarios creían estar «a la vista de la tierra de promisión»<sup>37</sup>: era 6 de diciembre de 1890: día de Santa Klaus. Diez meses después, el 6 de octubre de 1891, Parnell murió<sup>38</sup>. Las fechas navideñas se tornaron emblemáticas para los parnellianos. El anticlericalismo de Joyce ha debido de forjarse en toda su radicalidad a partir de estas navidades de 1891. Parnell –fue su convicción– había sido el gran traicionado por los obispos y por el clero en general.

Esta cena de Navidad es la que refiere Joyce en el *Portrait*.

35. ELLMANN, 32.

36. *Ibidem*, 35.

37. Cfr. ELLMANN, 32 y nota al pie de página.

38. Cfr. Conor Cruise O'Brien, *Parnell and his Party. 1880-1890*, Clarendon Press, Oxford/Glasgow/Toronto/Melbourne etc. 1964, 275-356. Con una amplia bibliografía.

«No puede haber ni buena suerte ni gracia en una casa en donde no existe el respeto para los pastores de la Iglesia.

Mr. Dedalus arrojó ruidosamente el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

¡Respeto! –dijo–. ¿A quién? ¿A Billy el morrudo o al otro tonel de tripas, al de Armagh? ¡Respeto!

¡Príncipes de la Iglesia! –dijo Mr. Casey<sup>39</sup>– saboreando despectivamente las palabras.

Sí: el cochero de Lord Leitrim –dijo Mr. Dedalus–.

Son los ungidos del Señor –exclamó Dante–. Son la honra de su nación.

Es un tonel de tripas –prorrumpió sin miramientos Mr. Dedalus–. Bonita cara, sí, en visita. Pero tenían ustedes que ver al amigo atiborrándose de berzas con tocino un día de invierno. ¡Je, Johnny!...»<sup>40</sup>.

Este modo de hablar para referirse a los dos arzobispos Walsh y Logue había entrado en la tesitura de lo horrisono. La muerte de Parnell, al año siguiente de su naufragio político, aparecía como una *muerte anunciada*. Se hizo corriente hablar de Parnell bajo el emblema del animal mítico acosado, herido y abatido hasta la muerte. Era la evocación heroica de los cuadros de caza, del ciervo acosado por la jauría, del jabalí expirando sin dejar de luchar hasta su mismo final. Joyce recordaba los acontecimientos oídos, con rabia que los años jamás entibiaron.

«Simón, de verdad que no deberías hablar de ese modo delante de Stephen. No está bien.

Bien que se acordará él cuando sea mayor –dijo acaloradamente Dante–; bien que se acordará del lenguaje que oyó en su propia casa contra Dios, contra la religión y sus ministros.

Pues que se acuerde también –gritó Mr. Casey dirigiéndose a Dante a través de la mesa–, que se acuerde también del lenguaje con el que los sacerdotes y su cuadrilla remataron a Parnell y lo llevaron a la sepultura. Que se acuerde también de esto cuando sea mayor.

¡Hijos de una perra! –gritó Mr. Dedalus–. Cuando estuvo caído se echaron sobre él como ratas de alcantarilla para traicionarle y arrancarle

39. Mr. Casey esconde la persona de John Kelly, personalidad interesantísima y de gran entrada con la gente menuda de los Joyce. Era de Tralee. Políticamente perturbador; perteneciente a la Land League. Pero simpático y muy buen amigo de John Joyce. Cfr. ELLMANN, 24-26.

40. JOYCE, *Retrato*, 39.



la carne a pedazos. ¡Miserables perros! ¡y que lo parecen! ¡Por Cristo, que lo parecen!»<sup>41</sup>.

Se había afirmado ya el mito del asesinato moral de Parnell consumado por el clero:

«y le puedo decir a usted, señora, si es a mí a quien usted se refiere, que yo no soy un católico renegado. Yo soy tan católico como eran mi padre y el padre de mi padre, y el padre del padre de mi padre, en aquellos tiempos en que estábamos dispuestos a dar nuestras vidas antes que traicionar nuestra fe. —Pues más vergonzoso aún para usted, dijo Dante, el hablar como usted lo hace ahora (...) Stephen contemplaba con afecto la cara de Mr. Casey, el cual, desde el otro lado de la mesa, miraba con fijeza al frente, por encima de sus manos»<sup>42</sup>. «Mr. Casey era partidario de Irlanda y de Parnell, y lo mismo su padre. Y Dante había sido así a lo primero, porque una noche en que estuvo tocando la banda en la explanada había golpeado en la cabeza con un paraguas a un caballero que se había descubierto al ejecutar la banda, al final, el *God save the Queens*»<sup>43</sup>.

El corazón infantil de Joyce acogía la semilla de un odio apasionado propio del Party: existía una Irlanda domeñada por los curas, que desaprobaban el movimiento feniano desde el púlpito y el confesionario, intentando una especie de teocracia que rechazaba los valores ancestrales en nombre de lo más santo. La Irlanda sometida a los curas —proclamaban— devoraba cruelmente a la Irlanda católica, que deseaba sin embargo su propia autenticidad bajo el signo nacionalista. La conversación de la noche de Navidad llegó hasta la blasfemia y las palabras rompían los corazones. Dante chilló, gritó, rugió, se puso en pie e insultó definitivamente: «¡Blasfemo! ¡Demonio!... y la puerta se cerró de golpe tras ella»<sup>44</sup>.

Mr. Casey, libertándose de los que le sujetaban, abatió repentinamente la cabeza entre las manos con un sollozo de dolor.

¡Pobre Parnell! —clamó— ¡Mi rey muerto!

Y sollozó ruidosamente, amargamente.

Stephen levantó la cara aterrada y vio que los ojos de su padre estaban llenos de lágrimas»<sup>45</sup>.

41. *Ibidem*, 40.

42. *Ibidem*, 41 y 42.

43. *Ibidem*, 44.

44. *Ibidem*, 46-47.

45. *Ibidem*, 47. Cuenta Ellmann que la bronca se oía fuera de la casa. Los Vances la oyeron desde la calle. Cfr. ELLMANN, 34.

A partir de aquí se desarrolla un proceso de rebelión en el alma de Joyce contra los sacerdotes y, por ser los más próximos, contra los jesuitas. Consta que en su sensibilidad quedó para siempre grabada una repugnancia instintiva contra cualquier representante del clero. Y a medida que los años fueron pasando y que meditó en los años de su infancia la repugnancia creció. Puede decirse que su palpitación más auténtica ritmó desde esa Navidad con los parnellianos, que –sin vacilación, brutalmente– no temían rechazar al Dios de quien alardeaban los curas<sup>46</sup>. Así son los riesgos letales del clericalismo político. Por entonces, tras la muerte de Parnell el 6 de octubre de 1891, escribió un poema increpando a Healy, que para Joyce jugaba el mismo papel que Bruto en la muerte de César. El chiquillo tenía muy precoces vibraciones poemáticas. Aquella composición se perdió, aunque tal vez sobrevive en este otro monumento épico-lírico que más tarde apareció en el cuento titulado «Día de la patria en la oficina del Partido»:

«Ha muerto. Nuestro rey sin corona ha muerto. / Oh, Erin llóralo con pesadumbre y dolor, / pues aquí yace, derribado por el mortífero / partido de la hipocresía moderna. // Muerto por los viles cobardes / a los que elevó del fango a la gloria; / y la esperanza de Erin y los sueños de Erin / perecen en la pira de su monarca. // En los palacios, en las chozas y en las cabañas, / donde quiera que se encuentre, el corazón de Irlanda / se agobia de dolor por la desaparición / de quien hubiera forjado su destino. // Él habría hecho famosa a Erin / desplegando glorioso su verde estandarte / y aupando a sus bardos, estadistas y guerreros / frente a las naciones del mundo. // Soñó (¡ay! tan sólo un sueño) / con la libertad, pero al esforzarse / tras ese ídolo, la traición / le apartó de lo que amaba. // Vergüenza sobre las manos miserables / que aplastaron a su señor o lo entregaron / con un beso a la chusma / de curas serviles. Sin amigos. // Que en eterna vergüenza se consuma / la memoria de quienes intentaron / ensuciar y difamar el alto nombre / de quien supo espolearles con su orgullo. / Cayó como caen los poderosos, / noblemente impertérrito hasta el último momento. / La muerte le une / con los héroes del pasado de Erin. // ¡Que no moleste su sueño ruido de refriega alguna! / Descanse en paz. No hay dolor / ni elevada ambición que inquiete / las cumbres gloriosas donde mora. // Consiguieron lo que querían: acabaron con él. / Pero escucha, Erin: su espíritu / puede alzarse como el Fénix de las llamas / al despuntar la aurora // del día que nos traiga el reino de la Liber-

46. JOYCE, *Retrato*, 46.

tad. / Bueno será que en ese día / alce Erin su copa en honor / de nuestro dolor: la memoria de Parnell»<sup>47</sup>.

La consecuencia más importante de esta bronca navideña del 91 es que tanto John Joyce como su hijo James se desengañaron para siempre de toda política y de todos los políticos. Stephen Dedalus acabará diciendo estas palabras tremendas:

«No ha habido ni un hombre honrado y sincero que os haya sacrificado su vida, su juventud y sus afecciones, desde los días de Tone a los de Parnell, sin que le hayáis vendido al enemigo o abandonado en la necesidad o traicionado y dejado por otro... ¿Sabes lo que es Irlanda? –preguntó Stephen con glacial violencia–. Irlanda es la cerda vieja que devora su propia lechigada»<sup>48</sup>.

## CRISIS ECONÓMICA

El dolor por la caída de Parnell coincidió con el decaimiento económico de la familia Joyce. A decir verdad, John Joyce estaba acostumbrado a un nivel –social y económico– desahogado, debido en buena parte a sus rentas derivadas de sus propiedades en Cork y también a sus trabajos bien retribuidos. Ciertamente es que había cambiado frecuentemente de trabajo y que su adicción a la bebida le fue creando problemas. Bien lo describía su primogénito James en diálogo con su amigo J.F. Byrne:

«Era tu padre...? –Cranly se detuvo por un instante y luego dijo–: No quiero inmiscuirme en los asuntos de tu casa. Pero ¿estaba tu padre, lo que se dice, bien de posibles? Quiero decir cuando tú eras niño. – Sí, contestó Stephen – ¿Cuál era su profesión?, preguntó Cranly después de una pausa. – Stephen se puso a enumerar pródigamente las diferentes ocupaciones de su padre: Estudiante de medicina, remero, tenor, actor aficionado, político de estruendo, pequeño terrateniente, pequeño rentista, bebedor, buena persona, especialista en chistes y anécdotas, secretario

47. James JOYCE, «La muerte de Parnell. 6 de octubre de 1891», en *Dublineses*, edición de Fernando Galván, Letras Universales, Cátedra, Madrid 1993, 240-242. La fecha emblemática del 6 de octubre del 91, poco más de dos meses anterior a la bronca de la cena de Navidad, no es inútil. El poema asume, sin duda, el anterior poema *Et Tu, Healy* escrito entonces.

48. JOYCE, *Retrato*, 241-242.

de no sé quién, no sé qué cosa en una destilería, colector de impuestos, quebrado, y al presente ensalzador de todo su propio pasado»<sup>49</sup>.

En opinión de Ellmann, John Joyce se consideró desafortunado siempre por culpa de otros –sin excluir de esos otros a su propia familia–, pero nunca pobre. Personalmente, guardó siempre las formas gentiles de la buena sociedad. Da toda la impresión de que la esposa y madre de familia May Murray era encantadora. Pero en aquella casa –como ya se ha dicho– el primogénito James acaparaba atenciones por encima de cualquier otro. Las hijas, siempre un poco atemorizadas; sin atreverse a decir una palabra más alta que otra. Los otros tres hermanos varones tuvieron que asimilar la primogenitura de James en todo su rango privilegiado. En los tiempos de amplitud económica –que duraron hasta 1892– toda la familia vivió las ventajas de la media/alta burguesía no sólo en casa, sino también en la educación.

Del 8 al 14 de febrero de 1894, James acompañó a su padre a la ciudad de Cork para vender o hipotecar sus bienes, pagar deudas y tener líquido para subsistir. Hacía dos años que habían cambiado de casa. Se habían trasladado a un domicilio más modesto, el 23 Carysfort Avenue, en Blackrock, a una casa llamada «Leoville» por el león de piedra que tenía ante la fachada. Allí habían permanecido unos cuantos meses. Los pequeños Joyce iban por entonces al próximo colegio de monjas. El primogénito estudió en ese tiempo por su cuenta y su madre le tomaba las lecciones –a instancias siempre urgentes del chico, que era un perfeccionista declarado–. Fue ya en 1893 cuando se trasladaron al 14 Fitzgibbon Street off Mountjoy Square, en Dublin: aquí comenzó a acudir al colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que estaba cerca de su casa en la misma calle<sup>50</sup>.

En la primera parte del verano del 82 pasado en Blackrock, tío Charles fue compañero constante de Stephen:

«al regresar a casa, tío Charles solía hacer una visita a la capilla, y como Stephen no alcanzaba a la pila del agua bendita, el anciano introducía su mano en ella y rociaba vivamente el traje de Stephen y el piso del pórtico. Para rezar se arrodillaba sobre su pañuelo rojo y leía en voz alta en un libro de oraciones manchado por la huella del pulgar y en el que cada página tenía un registro impreso al pie. Stephen se

49. *Ibidem*, 288.

50. ELLMANN, 34-35.

arrodillaba a su lado respetando su piedad aunque no la compartiera. Pensaba a menudo qué era lo que su tío podía estar rezando con tanta seriedad. Quizá rezaba por las almas del purgatorio, o tal vez para que Dios le devolviera una parte de aquella gran fortuna que había disipado en Cork»<sup>51</sup>.

La pauta autobiográfica del *Retrato del joven artista* no puede ser tenida en cuenta hasta el último detalle temporal. Joyce evoca magistralmente su niñez en el primer capítulo evadiéndose de la exactitud de las referencias temporales. Mezcla visiones y sueños con recuerdos, lo cual suele ser característico de toda evocación. Pero a fuer de verdad histórica, no parece probable que su antijesuitismo estuviese tan decidido, como el Portrait insinúa, en el momento de abandonar Clongowes<sup>52</sup>. En 1893, el hecho de no volver allí le había sumido en la tristeza: le venían a la mente nombres de sus compañeros que seguían estudiando en Clongowes mientras él asistía con los Hermanos de la Doctrina Cristiana iniciando la aventura con unos nuevos compañeros por quienes no sentía afecto<sup>53</sup>. También a él le había llegado ahora la edad del amor. Se pasaba el tiempo soñando vagamente en aquella chica añorada. Se miraba mucho al espejo. Recordaba las fiestas a las que había asistido. Cierto es que ahora había iniciado la adolescencia. Pero, si dijese la verdad, en Clongowes lo había pasado bien y se había sentido querido. En Clongowes él todavía no entendía las historias ambiguas, ni los chistes picarones ni las ausencias ridículas que otros compañeros mayores hacían de los Padres: exagera, pues, cuando dice que la mención de Clongowes le llenó la boca de repugnancia, la tarde en que oyó a su padre

51. JOYCE, *Retrato*, 73.

52. Por ejemplo esta sensibilidad es una proyección a Clongowes de su antipatía posterior: «Y sintió la mano del prefecto sobre su frente. Y sintió el contraste de su frente calurosa y húmeda, contra la mano húmeda y fría del prefecto. Así debía de ser la sensación que diera una rata: viscosa, fría, húmeda. Las ratas tenían dos ojillos atisbones. Una piel suave y viscosa, unas patitas diminutas encogidas para el salto y unos ojos negros, viscosos y atisbones. ¡Bien que sabían saltar! Pero las inteligencias de las ratas no podían saber trigonometría. Cuando estaban muertas, se quedaban tendidas de costado. Se les secaba la piel. Y ya no eran más que cosas muertas». *Ibidem*, 26. – La identificación del clero con las ratas la hemos visto también en la muerte de Parnell.

53. Al principio no fueron a la escuela, pero muy pronto el padre se dio cuenta de que así no se podría seguir y venciendo su propia resistencia envió a los chiquillos a los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Esta época resultó siempre, según parece, algo humillante para Joyce, que nunca la evocó en sus escritos; como dice Ellmann, este interludio «significaba una ruptura con la formación jesuítica en la vida de Joyce, y él participaba del punto de vista de su padre para quien los jesuitas eran los *gentlemen* de la educación católica, mientras que los hermanos cristianos eran sus zánganos». ELLMANN, 35.

que había encontrado en la calle al antiguo rector del colegio, devenido provincial<sup>54</sup>.

## DOBLE VIDA

Entró James en el colegio de Belvedere con gloria; la fama que traía de Clongowes era muy buena y la simpatía de los padres jesuitas para con él no tenía disimulo. Los propios dominicos también le habían echado los tejos para que fuera a estudiar con ellos: y no es extraño, porque en los exámenes finales de la enseñanza primaria había recibido premio nacional y 20 libras, además de la mención y del diploma. La fama, por tanto, era pública. Ahora se disponía a ser uno de los mejores alumnos que el brillante colegio construido en 1775 por el segundo varón de Belvedere y una de las mejores casas dieciochescas de Dublín iba a albergar. El padre William Henry comentaba que el joven Joyce era un chico pletórico de ideas y que, aunque las matemáticas no eran su fuerte, pronto se distinguió por su pluma, por su cultura, por sus abundantes lecturas y por su buen gusto a la hora de criticar textos literarios.

Su fama moral corría pareja con su prestigio académico. Su conducta irreprochable le mereció ser admitido el 7 de diciembre de 1895 como congregante mariano y designado el 25 de septiembre de 1896 para prefecto de la congregación. Es lo que en España conocemos por la literatura jesuítica como *príncipe* del colegio.

Pero su sufrimiento íntimo provenía de su experiencia de inautenticidad. Se mostraba al exterior como un muchacho ejemplar y vivía al mismo tiempo una conducta moral desgarrada.

Han solido apelar los escritores ascéticos a cuatro grandes paradigmas del pecado: el de los Ángeles; el de nuestros Primeros Padres; el de David, el de Judas Iscariote. Joyce declaró repetidas veces que su pecado era el diabólico *non serviam*. Ya en 1902 —época de los primeros encuentros de Joyce con los escritores irlandeses— conectó con George

54. Es aquí en estos aldeaños del nuevo hogar en Mountjoy Square, donde John Joyce tuvo el feliz encuentro con father John Conmee, antiguo rector de Clongowes y en aquel momento prefecto del colegio de Belvedere, todavía no era provincial en el momento del encuentro —aunque era uno de los jesuitas más conspicuos y de hecho iba a ser provincial de 1906 a 1909. Cuando Joyce escribía las páginas que ahora analizamos, el padre John Conmee ya era provincial o, incluso, ya había dejado de serlo. De ahí el deslíz. Cfr. ELLMANN, 34.

Russell, hombre listo, joven de treinta y cinco años, «he had a sharp eye for ability in others and an unexpected power of criticism» –resume Ellmann<sup>55</sup>. El joven genio Joyce, que tenía entonces 21 años, se había acercado a él con tal seguridad en sí mismo y le había dejado tan descolocado por su trato impositivo y por su modo de ver las cosas que quedó claro que una nueva lumbrera se añadía a las letras irlandesas. Pero Russell –que le dedicaba elogios de gran calado– no podía no tocar la alarma sobre su talento infernal. «He is proud as Lucifer», declaró en carta a Thomas Mosher<sup>56</sup>. Y Windham Lewis –que juntamente con T.S. Eliot disfrutó de la super-generosa hospitalidad de Joyce en París, en el verano de 1920– le calificaba luego de «soberbio como Lucifer»<sup>57</sup>: no le calificaba así por odio ni por antipatía, sino como resultado del sereno análisis del encuentro. Pero el mismo Joyce tal vez da la clave de estas impresiones en su conversación con Cranly (J.F. Byrne):

«Mira Cranly, dijo. Me has preguntado qué es lo que haría y qué es lo que no haría. Te voy a decir lo que haré y lo que no haré. No serviré por más tiempo a aquello en lo que no creo, llámese mi hogar, mi patria o mi religión. Y trataré de expresarme de algún modo en vida y arte, tan libremente como me sea posible, tan plenamente como me sea posible, usando para mi defensa las solas armas que me permito usar: silencio, destierro y astucia. (...) Me has hecho confesar los miedos que siento. Pero te voy a decir ahora cuáles son las cosas que no me dan miedo. No me da miedo de estar solo, ni de ser pospuesto a otro, ni de abandonar lo que tenga que abandonar, sea lo que sea. No me da miedo el cometer un error, aunque sea un error de importancia, un error de por vida, tan largo tal vez como la misma eternidad»<sup>58</sup>.

Cita Pedro Lombardo unas palabras de San Agustín de las que cabría entender que Eva nunca hubiera admitido el diálogo con el diablo ni aceptado la tentación primordial, si previamente no hubiese admitido en el núcleo de su intimidad un cierto apego desmedido a su propia excelencia. Postura que no defendieron los Padres y que el propio Agustín nunca hubiera refrendado como propia. Consciente de ello, Pedro Lombardo recurre a la *Summa Sententiarum* que, deliberando con nítida claridad, pronuncia que la culpa del diablo fue incurable porque tuvo origen en su propia soberbia y no en la sugestión de otro. El hom-

55. Ellman, 98.

56. *Ibidem* 100.

57. «...as proud as Lucifer ...» Cfr. ELLMANN, 494.

58. JOYCE, *Retrato*, 295.

bre, sin embargo, sucumbió por engaño de otro: qué congruente resulta que quien sucumbió por influjo ajeno también por influjo ajeno pudiese ser salvado. Y aduce seguidamente otras palabras de la *Summa Sententiarum* que distinguen con deliciosa finura: «No se hubiera deslizado Adán, ni hubiera cometido aquel primer pecado —comiendo del árbol prohibido e incurriendo en todas estas miserias—, a no ser que la soberbia hubiese aparecido previamente: no previamente a la tentación, sino a la realización del pecado»<sup>59</sup>. Pedro Lombardo concluye, en fin, con estas palabras: «Así fue, por tanto, el proceso: el diablo tentando dijo: *Si comiereis, seréis como dioses, conocedores del bien y del mal*; una vez oído esto, invadió la mente de la mujer cierto flujo subrepticio de soberbia y de amor a la propia potestad, de donde surgió el deseo de hacer aquello a lo que el diablo la invitaba, y efectivamente lo hizo. Pecó, por tanto, por sugestión: porque precedió la tentación de la que surgió la soberbia en su mente; por fin siguió el pecado de obra y la pena del pecado»<sup>60</sup>.

La Iglesia recuerda cada semana en la oración final del día la advertencia de San Pedro: *Sed sobrios, estad alerta, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar; resistidle firmes en la fe* (1P 5, 8-9). Pero, ante la necia soberbia de quien se considera prestigiado por el origen diabólico de sus propias tentaciones convendrá recordar con Santiago que *cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen. Luego, la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado, y el pecado una vez consumado, engendra la muerte* (Jac 1, 14). El diablo tienta a los hombres; pero el diablo no encuentra instrumento más persuasivo que la humana concupiscencia, que manipula muy arteramente.

Joyce se soñaba Dédalo, Ícaro, Hamlet, Shakespeare, Lucifer<sup>61</sup>. Pero la verdad es que a James Joyce le arrastraba su propia concupiscencia: su soberbia, su incontinencia erótica y sexual. Afirmación que jamás me atrevería a hacer, si no fuese porque el propio Joyce dejó repetida y explícitamente constancia de ello.

59. Sobre ODÓN DE LUCCA como el más probable autor de la *Summa Sententiarum* cfr. Josep Ignasi SARANYANA, *Período Escolástico*, en ID. & J.L. ILLANES, *Historia de la Teología*, Sapientia Fidei, Biblioteca de Autores Cristianos, 3ª ed. Madrid 2002, 38.

60. Petri LOMBARDI, *Libri IV Sententiarum*, studio et cura PP. Collegii S. Bonaventurae in lucem editi. Liber I & II, Tomus I, 2ª ed. ad fidem antiquiorum codicum mss. iterum recognita, ad Claras Aquas prope Florentiam, Typ. Collegii S. Bonaventurae 1916, 410.

61. Cfr. ELLMANN, 359.



Llama la atención la frecuencia con que el Infierno está presente en las páginas del *Portrait*. Si Joyce había dejado de creer en el Infierno, desde luego se acordaba de él con una frecuencia inusitada. Parece una reacción de vértigo. La llamada del abismo tiene también su traducción en el horizonte del espíritu.

Y dirigiéndose al higo que había tirado al suelo dijo Cranly: «Apártate maldito; ¡vete al fuego eterno!» – Agarró a Stephen por el brazo, echó a andar y dijo: ¿No temes que estas palabras puedan ser aplicadas a ti en el día del juicio? – ¿Qué es lo que me ofrecen del otro lado? ¿Una eternidad de bienaventuranza en compañía del decano de estudios? – Acuérdate, observó Cranly, que él ha de ser glorificado. – Efectivamente, dijo Stephen con cierta amargura, y será brillante, ágil, impasible y, lo más importante de todo, sutil. – Es una cosa curiosa, ¿sabes?, dijo indiferente Cranly, hasta qué punto está sobresaturado tu espíritu de una religión en la cual afirmas no creer. ¿Creías en ella cuando estabas en el colegio? Apuesto que sí. – Creía, contestó Stephen. – ¿Y eras entonces más feliz?, preguntó con tono suave Cranly. ¿Más feliz que ahora por ejemplo? – A veces me sentía feliz y a veces desgraciado. Lo que era entonces era otra persona distinta. – ¿Cómo que otra persona distinta? ¿Qué es lo que quieres decir con eso? – Lo que quiero decir, contestó Stephen, es que entonces no era yo mismo lo que soy ahora; mejor, lo que tengo que llegar a ser»<sup>62</sup>.

#### UNA FERAZ ADOLESCENCIA

Joyce padre, puesto que era católico –*oh vosotros, romano católicos que jamás asististeis a misa*<sup>63</sup>–, todos los domingos se preocupaba de que la chiquillería fuese a la Iglesia, pero él mismo se quedaba en casa. Eso sí: era invariable en el paseo con sus dos hijos mayores James y Stanislaus con quienes conversaba de todo tipo de temas.

Eileen, la de los Vance fue la primera niña que había jugado con James. «Cuando seamos mayores nos vamos a casar»; pero aquel posible matrimonio tenía muchos adversarios razonables. Así que Eileen pasó a ser una imagen pura de primer encanto<sup>64</sup>. Mercedes –y el nombre es literario, persona trágica de otra u otras mujeres reales– es la mujer presentida en la adolescencia. Mercedes ha sido la adolescente deseada ante

62. JOYCE, *Retrato*, 286-287.

63. JOYCE, *Retrato*, 41.

64. Cfr. *Ibidem*, 42.

quien Joyce se sentía tímido y apocado, subyugado y sumido en pensamientos. Más tarde..., mujeres diversas que ya no tienen nombre.

¡Qué bellas eran las visiones de la infancia, aunque fuesen los terrores nocturnos —*procul recedant somnia et noctium phantasmata*— de Clongowes!

«Vió la oscuridad ¿sería cierto lo del perro negro que se paseaba ahí por la noche con unos ojos tan grandes como los faroles de un carruaje? Decían que era el alma en pena de un asesino. Un largo escalofrío de miedo le reflujo por el cuerpo. Veía el oscuro vestíbulo del oscuro castillo. En el cuarto de plancha en lo alto de la escalera, había unos criados viejos vestidos con trajes antiguos. Era hacía mucho tiempo. Los criados viejos estaban inmóviles. Allí había lumbre, pero el vestíbulo estaba oscuro. Un personaje subía, viniendo del vestíbulo, por la escalera. Llevaba el manto blanco de mariscal; su cara era extraña y pálida; se apretaba con una mano el costado. Miraba con unos ojos extraordinarios a los criados. Ellos le miraban también, y al ver la cara y el manto de su señor, comprendían que venía herido de muerte. Pero sólo era a la oscuridad a donde miraban: sólo al aire oscuro y silencioso. Su amo había recibido la herida de muerte en el campo de batalla de Praga, muy lejos, al otro lado del mar. Estaba tendido sobre el campo; con una mano se apretaba el costado. Su cara era extraña y estaba muy pálida. Llevaba el manto blanco de mariscal. —¡Qué frío daba, qué extraño era el pensar en esto! Toda la oscuridad era fría y extraña. Había ahí caras extrañas y pálidas, ojos grandes como faroles de carruaje. Eran las almas en pena de los asesinos, las imágenes de los mariscales heridos de muerte en los campos de batalla, muy lejos, al otro lado del mar»<sup>65</sup>.

Así eran los sueños de Joyce niño; así, sus visiones. También las hermanitas de Joyce aseguraban que mamá se les había aparecido, ella misma, con su hábito negro y pardo en que había sido amortajada<sup>66</sup>. Entonces James las consoló con ternura.

Pero el amor suprime el miedo a las visiones. El amor herido desconoce todo temor. Hamlet no tiene miedo de ir al encuentro de su padre. Don Juan Tenorio va en busca de la realidad de ultratumba.

Iban a Cork. Correo de la noche. Arrancaba el tren y los postes del telégrafo corrían más velozmente en contrario sentido. Antes de dormirse profundamente, su padre le había hablado de Cork. Suspiros y

65. *Ibidem*, 23.

66. ELLMANN, 136.

tragos de la cantimplora de bolsillo cada vez que la imagen del amigo muerto era recordada. Pero a Stephen

«las imágenes de los muertos le eran todas extrañas, excepto la del tío Charles que últimamente se había casi borrado de su memoria. Sabía sin embargo que los bienes de su padre iban a ser vendidos en subasta, y aún en esta manera de perder lo propio, pudo comprender que el mundo daba un rudo mentís a su fantasía».

Su psicología experimentaba muy extrañas sensaciones y su falta de piedad era consecuencia de la soledad que deja el amor ausente:

«la vecindad de invisibles durmientes le llenaba de horror, como si le pudieran hacer daño, y rezaba para que el día llegase pronto. Su oración no se dirigía a Dios ni a ningún santo, sino que comenzaba con un escalofrío del aire que por la ranura de la portezuela hasta sus pies entraba, y concluía con una serie de palabras sin sentido, pero acomodadas al ritmo insistente del tren»<sup>67</sup>.

Esta experiencia del tren correo a Cork no puede decirse que sea una experiencia compartida, general, propia de todo enamorado. Joyce en efecto no era Hamlet ni era Parnell por mucho que lo quisiera. Estaba invadido cuando se encontraba consigo mismo por la soledad agresiva, por el *horror vacui*, por la naturaleza fría y desierta en la que muchos duermen y sueñan y él se sentía despierto en medio de tanto durmiente. Esos temores eran sólo la angustia del deseo. La amenaza del automatismo frente a la vida.

Joyce llamó *epifanías* a determinados *flash* –intuiciones fantasmales– que descubren áreas inéditas del subconsciente. Son poéticas por cuanto contienen de ruptura de sistema y de hipotyposis clásica. He visto muchos casos de *epifanías* joyceanas como recurso irónico de gran efecto. La ironía se torna crueldad ante lo feo y lo senil –a veces– mediante un inicio de pánico o de repulsión. Aparentemente, la *epifanía* no se prepara. Aparece de súbito, así por ejemplo: se veía a sí mismo sentado en una casa antigua, habitación pequeña y todo en sombra. Las llamas estaban ardiendo en el llar y el crepúsculo se alargaba sobre el río; una vieja preparaba el té mientras hablaba de no sé qué cosas que decían el médico y el cura. Cosas mortuorias o de salud endeble: porque de qué cosas podían hablar un médico y un cura. Stephen oía sin

67. JOYCE, *Retrato*, 102.

interés las palabras de la vieja y se dejaba llevar de su pensamiento hasta *el umbral del sueño*;

«de pronto tuvo la impresión de que una cosa estaba parada a la puerta. Una calavera apareció suspendida resaltando sobre la oscuridad de la entrada. Una criatura enfermiza, como un mico, estaba ahí, atraída por el sonido de las palabras pronunciadas junto al hogar. Y una voz quejumbrosa preguntó desde la puerta: ¿es Josefina? – La vieja contestó alegremente sin dejar su labor junto al fuego: no Ellen, es Stephen. – Ah... buenas tardes, Stephen. Contestó al saludo y vio que una sonrisa estúpida se rasgaba sobre la faz parada a la puerta. – Creí que era Josefina. Creí que era Josefina»<sup>68</sup>.

La escena ocurría presumiblemente en casa de sus tíos abuelos en Usher's Island poco después de la muerte de Mrs. Callanan<sup>69</sup>.

Así eran en su adolescencia los íntimos rechazos. Pero el capítulo segundo del *Retrato* describe muy bien los tramos del deslizamiento hasta el pecado carnal más grosero: los pensamientos deleitosos, los recuerdos y las añoranzas, las cavilaciones acerca de cosas posibles... o imposibles. Paseos solitarios, nocturnos, de jardín en jardín; curiosidad de las ventanas; le molestaban los niños con su alegría y sus gritos

«lo que él necesitaba era encontrar en el mundo real la imagen irreal que su alma contemplaba constantemente. No sabía dónde encontrarla ni cómo, pero una voz interior decía que aquella imagen le habría de salir al encuentro sin ningún acto positivo por parte suya... Habían de encontrarse tranquilamente como si ya se conociesen de antemano, como si se hubiesen dado cita en una de aquellas puertas de los jardines o en algún otro sitio más secreto. Estarían solos, rodeados por el silencio y la oscuridad. Y en el momento de la suprema ternura se sentiría transfigurado. Se desharía en algo impalpable bajo los ojos de ella y se transfiguraría instantáneamente. La debilidad, la timidez, la inexperiencia caerían de él en aquél momento mágico»<sup>70</sup>.

Estas palabras son un eco *ante factum* de lo que habría de suceder. Se suele comentar la subitánea decisión de Joyce adolescente, que se des-

68. *Ibidem*, 80.

69. ELLMANN, 84. La *epifanía* objetiva el subconsciente casi materializándolo hasta privar de su forma exterior a la escena que sucede. Las personas son reducidas a su significado afectivo útil, es decir, en este caso a su marchita realidad senil, a la delgadez casi cadavérica de una anciana enferma.

70. JOYCE, *Retrato*, 77.

liza por impulso, sin asomo de vacilación, a la realización del pecado carnal consumado. Se buscan antecedentes en su vida anterior. Y los hay: de pecados externos disimulados, de quiero y no quiero<sup>71</sup>. Pero lo más determinante –fruto de una deliberación perfecta– está en el *Portrait*.

Hay que señalar otro proceso que iba transformando su psicología y minando sus convicciones católicas. En la conciencia del adolescente estaba pesando con fuerza la culpabilidad de una sensualidad desbordada y de un uso desbocado de la sexualidad imaginativa. Pero junto a esto estaban también las lecturas.

«Era hacia el final del primer trimestre pasado en el colegio, cuando él estaba todavía en sexta. Su sensible naturaleza se resentía aún del peso de la oscuridad y la sordidez de su nueva manera de vida. Su alma estaba aún conturbada por la sombría monstruosidad de Dublín. Stephen había emergido de dos años de sueño encantado para encontrarse de pronto en un escenario distinto, donde cada evento y cada personaje le afectaban íntimamente, seduciéndole a veces y otras descorazonándolo, pero llenándole siempre de intranquilidad y amargos pensamientos, lo mismo cuando le descorazonaban que cuando le seducían. Todo el vagar que su vida de colegial le dejaba lo pasaba en la compañía de escritores subversivos, cuyos sarcasmos y virulencias fermentaban lentamente en su cerebro para reflejarse después en sus propios y aún no sazonados escritos»<sup>72</sup>.

Decididamente se estaba transformando no sólo en su imaginario, sino también en su ideario:

«había estado escuchando constantemente las voces de sus profesores que le excitaban a ser antes que nada un perfecto caballero y un buen católico. Estas voces habían llegado a sonar en sus oídos como palabras vacías»<sup>73</sup>.

«Nada se agitaba en su alma fuera de una sensualidad fría, cruel y sin amor. Su niñez estaba muerta o perdida, y con ella, el alma propicia a las alegrías elementales»<sup>74</sup>.

Se estaba viendo a sí mismo como quien ha perdido pie. Observaba que las aguas habían roto los diques de contención y que tenía

71. Cfr. ELLMANN, 47-48.

72. JOYCE, *Retrato*, 92.

73. *Ibidem*, 98.

74. *Ibidem*, 112.

dificultad para reconocerse en aquel niño de los días del paraíso perdido.

«Vio claramente su inútil aislamiento. No se había acercado ni un solo paso a aquellas vidas a las cuales había tratado de aproximarse, ni había logrado echar un puente sobre el abismo de vergüenza y de rencor que le separaba de su madre y de sus hermanos. Apenas si sentía la comunidad de sangre con ellos, apenas si se imaginaba ligado a ellos más que por una especie de misterioso parentesco adoptivo: hijo adoptivo y hermano adoptivo»<sup>75</sup>.

Había sido en Cork, donde el derrumbamiento moral había quedado preparado. Fue cuando acompañó a su padre a la venta de los bienes. En el colegio de la Reina a donde acudieron buscando viejos recuerdos paternos, hojas marchitas del pasado. Su padre reconocía con emoción los lugares. Los acompañaba un portero charlatán. Stephen caminaba detrás.

«En un pupitre leyó la palabra *feto* grabada varias veces en la madera oscura y manchada (...) le extrañaba encontrar en el mundo externo huellas de aquello que él había estimado hasta entonces como una repugnante y peculiar enfermedad de su propia imaginación. Sus sueños monstruosos le acudieron en tropel a la memoria. También ellos habían brotado furiosamente, de improviso, sugeridos por simples palabras. Y él se había rendido y los había dejado filtrarse por su inteligencia y profanarla, sin saber nunca de qué caverna de monstruosas imágenes procedían, dejándole siempre, tan pronto como se desvanecía, débil y humilde ante los demás, asqueado de sí mismo e intranquilo»<sup>76</sup>.

Experiencia análoga han debido de sentir cuantos entregados a la lectura o dejándose llevar de sus recuerdos han sentido el áspero contraste ante el recuerdo de la sana niñez o el encuentro de la humanidad limpia y honrada. Se impone entonces la necesidad del discernimiento, de atenerse al mensaje de la conciencia. Pero la discreción de Stephen apenas alcanzaba a reconocer su propia condición y a declararse derrotado como el leproso que no deseara su propia curación.

«Un vago malestar temblaba en su corazón. Y evocaba su propia y equívoca posición en el colegio de Belvedere, alumno externo, prime-

75. *Ibidem*, 115.

76. *Ibidem*, 106.

ro de su clase, atemorizado de su propia autoridad, orgulloso, sensible y suspicaz, en lucha continua contra la miseria de su propia vida y el tumulto de sus pensamientos»<sup>77</sup>.

Volvió a ganar nuevos premios y sobre los diplomas y los reconocimientos de profesores y compañeros el consuelo sustancioso de un puñado de libras le permitieron invitar rumbosamente a los suyos por encima de las reprensiones de su madre que miraba por su bien diciéndole que no gastara tanto. Pero todo acabó en muy pocas semanas y entonces

«se dedicó a aplacar los monstruosos deseos de su corazón ante los cuales todas las demás cosas le resultaban vacías y extrañas. Se le importaba poco de estar en pecado mortal y de que su vida se había convertido en un tejido de subterfugios y falsedades, nada había sagrado para el salvaje deseo de realizar las enormidades que le preocupaban. Soportaba cínicamente los pormenores de sus orgías secretas, en las cuales se complacía en profanar pacientemente cualquier imagen que hubiera atraído sus ojos (...) gemía como una bestia fracasada en su rapiña»<sup>78</sup>.

La realización que culminaba exteriormente su pecado no puede decirse por lo tanto que fuese una caída inopinada y súbita. Estaba preparada y era fruto de una psicología que, a fuerza de experiencias imaginativas, estaba rondando las fronteras de la locura. No es que los padres jesuitas estuvieran completamente ajenos a esta situación: de hecho Father Henry, el rector de Belvedere, que se preciaba de buen psicólogo comenzó a sospechar ante la actitud de James y, sin ir directamente a él, llamó a su hermano Stanislaus y le interrogó hasta sacar la verdad. Efectivamente el hermano mayor se había entretenido en juegos de dudoso significado que habían llamado la atención del pequeño. El señor Joyce fue advertido confidencialmente: «su hijo mayor le podrá dar serios disgustos. Tenga usted mirada despierta». A lo que el papá contestó: «no se preocupen: eso no sucederá, porque yo lo impediré a todo trance»<sup>79</sup>.

James tenía en su casa el diploma y en el colegio se arrodillaba en un reclinatorio acolchado a la derecha del altar, desde el que dirigía las preces de los congregantes:

77. *Ibidem*, 106.

78. *Ibidem*, 115, 116, 117.

79. ELLMANN, 48.

«la falsedad de su posición no le apesadumbraba. En algunos momentos sentía impulsos de levantarse de su sitio de honor y abandonar la capilla tras haber confesado su indignidad, pero una sola mirada a la cara de sus compañeros le detenía... se rebajó hasta el vicio de ser hipócrita para con los demás, permitiéndose dudar escépticamente de una inocencia que a él le costaba tan poco trabajo fingir»<sup>80</sup>.

## DESENLACE

El 30 de noviembre de 1896 comenzó el retiro de preparación para la fiesta de san Francisco Javier que había de durar tres días. El retiro estaba concebido a modo de breves ejercicios espirituales sobre las verdades eternas: muerte, juicio, infierno y gloria. Predicó el padre James Cullen, quien tenía algunos ribetes que lo hacían especial. Como dice algún alumno del colegio de Belvedere de aquella época, el padre Cullen tenía la costumbre de dirigirse en la predicación a los alumnos llamándoles *dear boys* o también *my dear little brothers in Iesus Christ*, lo cual resultaba una costumbre repelente. Comenta asimismo que tenía la costumbre de aprovechar la ocasión de dar la mano a los chicos para estrecharla de tal modo que no la soltaba hasta que ellos se quejaban de dolor; usaba para predicar un grueso manteo sobre su sotana. El propio padre Henry, rector del colegio, también tenía fama de antipático y, en general, el colegio de Belvedere tenía un ambiente menos alegre que el de Clongowes. Asegura el alumno que el clima de Belvedere constituía una excepción en el conjunto del comportamiento de los jesuitas, de ordinario mucho más selecto espiritualmente<sup>81</sup>. Joyce describe al padre Henry con estas palabras:

«había cesado de agitar sus manos unidas y, descansándolas sobre la frente, lanzaba agudas miradas a su auditorio, miradas que salían de sus ojos sombríos y severos, salvando, hora por la derecha y hora por la izquierda la pantalla de aquellas manos. – Y en el silencio, la combustión sombría de aquellos ojos, incendiaba el crepúsculo en una lumbrarada amarillenta. El corazón de Stephen se había marchitado como una flor del desierto al sentir en la lejanía los presagios del sí-mún»<sup>82</sup>.

80. JOYCE, *Retrato*, 124.

81. ELLMANN, 48-49.

82. JOYCE, *Retrato*, 128.



Después de los tres días de retiro, Joyce se confesó con un padre capuchino. La confesión fue hecha con el deseo de recibir la gracia de Dios. Siguió una temporada de intensa exigencia espiritual marcada por un evidente perfeccionismo. Es en esta época cuando hablaron a Stephen acerca de su posible vocación como jesuita. Su reforma duró probablemente algunos meses, hasta 1897. Su hermana Ellen le recuerda rezando el rosario con piedad camino del colegio. Stanislaus, que también tenía problemas de fe, pero que por ser menos profundo se preocupaba menos, presenció la perplejidad de James. Por fin un día lo dejó todo. Como escribiría posteriormente, la castidad no había sido hecha para él y las meditaciones de los novísimos habían hablado sólo a una parte de su naturaleza provocando en él espasmos de religioso terror<sup>83</sup>.

«He tratado de amar a Dios. Y parece que por lo visto he fracasado. Es muy difícil. He tratado de unir, momento a momento, mi voluntad con la voluntad divina. En esto sí que no siempre he fracasado. Podría, tal vez, hacerlo todavía»<sup>84</sup>.

Perfeccionismo, voluntarismo, acedía. Triste punto final de una amistad ¡con Dios!, que es el Amor.

\* \* \*

He venido siguiendo hasta aquí la curva sinuosa del río de la infancia y adolescencia de Joyce. Pertenece él a ese número elevado de alumnos ejemplares que niegan con su vida posterior lo que prometían en el colegio, en el seminario o en la casa de formación. *Homo videt in facie Deus autem in corde*. La descripción que hace el *Portrait*—en el capítulo tercero— de los breves ejercicios espirituales constituye un ejemplo adecuado de esa presentación de la realidad—característica de Joyce—: hábil, humorísticamente deformada.

Cabe advertir que Joyce desconoce la meditación del *principio y fundamento*; y que los ejercicios llevan una sobrecarga de negatividad y de miedo. Ignora la maravilla de la filiación divina y de la Misericordia Infinita. ¡Dios que perdona! Es bien posible—digámoslo porque es justo— que los ejercicios tal como Joyce los presenta hayan sido expurgados de varios contenidos. Pero *prout jacet*, el texto de los ejercicios predica-

83. Cfr. ELLMANN, 48-50.

84. JOYCE, *Retrato*, 287.

dos es inadmisibles. Ese modo de presentar a las almas ante sus responsabilidades es antievangélico.

En el planteamiento de unos ejercicios espirituales son impredecibles las siguientes normas de prudencia: a) nunca debe predicar los ejercicios quien no esté debidamente preparado espiritual, moral y teológicamente; b) hay que llegar a conocer a los ejercitantes y asegurar sus disposiciones: porque de otro modo los ejercicios pueden resultar vanos o incluso perniciosos al producir desprecio en conciencias empedernidas o al propiciar un voluntarismo ajeno a la gloria de Dios y al Amor; c) en los ejercicios espirituales tiene importancia capital el discernimiento de espíritus, el don de consejo y por lo tanto la sinceridad del ejercitante. Un fruto importante sería que el ejercitante iniciase una buena dirección espiritual.

Resume magistralmente Ellmann el itinerario espiritual de Joyce en Belvedere: «sus días en Belvedere proporcionaron a Joyce una arena en la cual cuerpo y alma lucharon como jóvenes e inexpertos gladiadores. Él se hizo muy distinto, activamente diferente de sus padres y profesores. Al principio él leía las novelas nostálgicas de Erckmann-Chatrion y al final él leía las obras sardónicas de Ibsen. Como él dice en el *Portrait*, su alma se desprendió de la mortaja que la cubría y despreció la tumba de su niñez. Su sábana y su sudario incluían, por una de esas curiosas transposiciones de las imágenes cristianas que tanto gustaban a Joyce, su pertenencia a la Iglesia; y su resurrección –la resurrección de Cristo era usada por él a modo de metáfora– fue la resurrección de un artista más que la de un dios. Sus pecados fueron serios; y su sentido del pecado, «sentido de separación y de pérdida»: se forjó la conciencia obligándose a pasar por encima de cualquier vestigio de culpa cristiana<sup>85</sup>.

Varios procesos se articulan en la vida de Joyce para determinar una opción de rechazo: el anticlericalismo irlandés asimilado en su infancia. La crisis de castidad vivida violentamente durante la primera adolescencia. La lectura indiscriminada de literatura anticristiana. La acedia que se manifiesta tras los ejercicios en un perfeccionismo inhumano. El intimismo que le lleva al encerramiento en sí mismo y a la hipocresía.

Los ejercicios espirituales cuando ya existía este planteamiento tan fuerte constituyeron para Joyce una dolorosa anécdota y significaron un refrendo definitivo de su rechazo.

85. ELLMANN, 42.